

do, y dejó escapar estas palabras proféticas: "Antes de cincuenta años, la Europa será republicana ó cosaca."

Republicana, Sire, en este punto la cuestion está aclarada, porque en el corazon de la Francia, este Prometeo de las naciones, vió el fuego divino, inestinguible, eterno. En tanto que vos estabais clavado en vuestra roca trasatlántica, ella tenia tambien su ocupacion. porque ese triple buitres le roia las entrañas. Solamente con este alimento generoso, los pueblos, nuestros enemigos entonces, y ahora nuestros hermanos, han sentido circular en su sangre un ardor desconocido; y es que han chupado entre nosotros esa médula de leon, que se llama la libertad. ¡No veis ahora, Sire, desde ese Hotel de los Inválidos, donde vuestro hermano os guarda, no veis ardiendo toda la Europa, á la Sicilia haciéndose independiente, á Florencia, Roma, Berlin, Viena, proclamando la república, á la Hungria con los brazos en cruz, clamando venganza á los pueblos en su último suspiro, y aun á la Polonia misma, que no es mas que una fantasma saliendo de su tumba, espectro de lo pasado? Sí, sin duda, la Sicilia ha caido en poder del nieto de Fernando y de Carolina. Sí, sin duda, Florencia ha caido en poder del gran duque y Roma en el del papa. Sí, sin duda, Berlin tiene siempre un rey y Viena un emperador. Sí, sin duda, como el Cristo, la Hungria, herida en los piés, herida en las manos, herida en el costado, ha inclinado sobre el hombro derecho, su cabeza moribunda coronada de espinas. Sí, sin duda, la sombra de la Polonia, como la del antiguo rey de Dinamarca, ha vuelto á ocupar el húmedo lecho del sepulcro sin ser vengada. Pero el gran drama europeo no está aun mas que en su segundo acto. Una vez que los pueblos hayan probado, aunque sea con la punta de los labios, el acre sabor de la independencia, siempre tendrán sed, y la Francia es la fuente predestinada para verterles un dia con profusion, el brevaie con el cual mueren los pueblos tan alegremente, porque es el brevaie que les da la vida.

Luis Felipe entró en Paris el 29 de Julio de 1815.

CAPÍTULO XXX.

DESPUES de todo lo que habia pasado, despues de haber visto su nombre pronunciado como gefe de partido, Luis Felipe no podia prever nada del recibimiento que le aguardaba en las Tullerías. Se presentó allí atrevidamente y atestiguó al rey toda su indignacion por las calumnias de que era objeto.

Luis XVIII le dejó hablar, y cuando hubo acabado:

—Primo mio, replicó, como sois el mas próximo al trono, despues de Berry, estoy tranquilo, porque espero tanto de vuestro talento como de vuestro buen corazon.

Despues lo confirmó de nuevo en la posesion de su herencia, pero se negó á permitirle el título de Alteza Real, diciendo:

—¡Está muy cerca del trono!

Como indemnizacion, concedió el rey al príncipe, el derecho de ocupar, como los demas miembros de la familia real, un asiento en la cámara de los pares.

¿Era esto un favor ó un lazo? Difícil era, en los tiempos de fiebre en que se encontraban entonces, entrar en la cámara sin tomar un partido; muy pronto se presentó la ocasion al duque de Orleans de enarbolar la bandera bajo la cual queria marchar. En su solicitud al rey, la comision de la cámara de 1815, de esa cámara que debia condenar al

mariscal Ney como culpable, pero salvado por la capitulacion de Paris, habia introducido esta frase:

“Sin arrebatarle al trono los beneficios de la clemencia, osaremos recomendarle los derechos de la justicia; osaremos solicitar humildemente de su equidad la retribucion necesaria de recompensas y de penas, y la espurgacion de los males de las administraciones públicas.”

Se comprende que si hubiese sido reaccionaria la mayoría de la cámara, un párrafo semejante no podia pasar desapercibido; la discusion fué viva, todo el partido moderado se inscribió y habló en contra del párrafo que sin embargo iba á pasar á su turno; todas las correcciones propuestas eran rechazadas, cuando el duque de Orleans pidió la palabra.

Todos prestaron atencion, porque se comprendió que era el prospecto de su vida para el porvenir lo que el duque de Orleans iba á lanzar al público.

“Señores, dijo, todo lo que acabo de oír me confirma en la opinion de que conviene proponer á la cámara un partido mas decisivo que las correcciones que le han sido sometidas hasta ahora. Propongo, pues, la supresion total del párrafo; dejemos al rey el cuidado de tomar constitucionalmente las precauciones necesarias para la conservacion del orden público, y no formulemos peticiones cuya malevolencia pondria en manos de los descontentos armas con que turbar la tranquilidad del Estado: nuestra cualidad de jueces eventuales, que son á los que se les recomienda mas justicia que clemencia, nos impone un silencio absoluto; toda enunciacion anterior de opinion, me parece un verdadero prevaricato en el ejercicio de nuestras funciones judiciales, convirtiéndonos á la vez en acusadores y jueces.”

Un largo rumor acogió esta profesion de fé.

No cabia duda: el duque de Orleans estaba alistado entre los constitucionales.

El castigo siguió al instante á la falta: el rey retiró la ór-

den que autorizaba á los príncipes para ocupar un asiento en la cámara de los pares, y el duque de Orleans fué desterrado á Lóndres, donde volvió á encontrar á su familia, á la que no habia aun juzgado á propósito llamar á Francia, como si hubiese previsto que su permanencia no debia ser de grande duracion.

Sin embargo, el príncipe no queria desavenirse irrevocablemente con el rey; y, á penas llegó, lanzó la protesta siguiente:

“¡Franceses!

‘Se me obliga á romper el silencio que me habia impuesto, y pues que se osa mezclar mi nombre á votos culpables y á pérfidas insinuaciones, mi honor me dicta espedir á la faz de la Europa entera, una protesta solemne que me prescriben mis deberes.

“¡Franceses! se os engaña, se os alucina; pero se engañan sobre todo aquellos de entre vosotros que se abroguen el derecho de escojer un *amo*, y que en sus pensamientos ultrajen, por sediciosas esperanzas, á un príncipe *¡el mas fiel súbdito del rey de Francia Luis XVIII!*

“El príncipe *irrevocable* de la legitimidad es ahora la sola garantía de la paz en Francia y en Europa: las revoluciones no han hecho mas que sentir su fuerza y su importancia; consagrado por una liga guerrera y por un congreso pacífico de todos los soberanos, este principio se convertirá en la regla invariable de los reinados y de las sucesiones.

“Sí, ¡franceses! estaria orgulloso en gobernaros, pero solamente *si fuera demasiado desgraciado para que la estincion de una rama ilustre hubiese señalado mi lugar en el trono*. Solamente entonces seria cuando conoceriais mis intenciones tal vez muy distantes de las que se me han supuesto y me han querido sugerir.

“¡Franceses! no me dirijo mas que á algunos hombres extraviados; volved en vosotros mismos, y proclamaos fieles

súbditos de Luis XVIII y de sus herederos naturales, con uno de vuestros príncipes y de vuestros conciudadanos.— Luis Felipe, duque de Orleans.”

A pesar de esta profesion de fé, dada por el príncipe desterrado tan espícita como era posible, el príncipe no volvió á Francia sino hasta principios de 1817.

En su ausencia habian pasado graves acontecimientos, continuacion natural de aquellos que se habian verificado antes de su destierro.

Entre los que se habian verificado antes de su destierro, contamos el asesinato del mariscal Brune en Avignon; el asesinato del general Ramel en Tolosa; la ejecucion de la Bédoyère en Paris y la muerte de Murat en Pizzo.

Entre los que se cumplieron en su ausencia, contamos la ejecucion del mariscal Ney y la de Pablo Didier.

Diremos una palabra solamente sobre esta primera ejecucion; pero sobre la segunda nos estenderemos mas largamente.

El mariscal Ney acusado de traicion y de lesa magestad, fué consignado á la corte de los pares.

Su mujer comprendió desde el primer momento que estaba perdido, y aun antes de que fuese condenado, pensó en implorar su gracia.

En consecuencia, escribió á Inglaterra al duque de Orleans, á fin de que interesase al regente en su suerte. El duque de Orleans escribió con empeño á S. A.; pero la carta fué inútil, y el 7 de Diciembre, á las nueve de la mañana, Ney fué fusilado á algunos pasos del Observatorio.

Al mismo tiempo Luis XVIII hacia par de Francia al príncipe de Hohenlohe, y mariscal al duque de Wellington.

Esto era, á la verdad, llevar demasiado lejos el impudor político.

Se recordará la conspiracion orleanista de los generales Dronet-de-Erlon, Lallemand y Lefevre-Desnonettes: pues bien, esta abortó como lo hemos referido, y se mezcló en

el grande acontecimiento de la vuelta de la isla de Elba; pero caido Napoleon, avanzándose la restauracion de mas en mas en la via fatal de las reacciones, los partidarios del duque de Orleans, recobraron valor y los complots volvieron á comenzar.

CAPÍTULO XXXI.

EN los primeros dias del mes de Febrero de 1816 se formó un comité director, que tenia sus sesiones en la calle de Cassette, y que estaba compuesto de siete comisarios, ó mas bien de siete apóstoles viajeros: Pablo Didier era uno de estos comisarios.

Pablo Didier habia nacido en Upie en 1758; tenia, pues, cerca de cincuenta y nueve años en la época á que hemos llegado.

Era un hombre de imaginacion, simpático y valiente: criado por un cura del campo, su educacion habia sido monárquica y religiosa. Sin embargo, la ola revolucionaria lo atrajo en 1788 y 1789; pero se contuvo en el 10 de Agosto, y se arrojó en las filas de aquellos que pretendian que la revolucion habia hecho demasiado, y que no le quedaba mas que hacer sino regularizar la posicion real.

Tambien estaba en Lyon con los realistas, cuando Lyon se insurreccionó; combatió con los sitiados, y cuando la ciu-